

RECUERDOS CON MOTIVO DEL JUBILEO DEL MONASTERIO DE LAS CONDES

La celebración de los 75 años de la erección canónica de nuestro monasterio, que nos llevó a la lectura de su historia, escrita por el P. Mauro Matthei; los testimonios de vida de algunos de los fundadores alemanes y los vivos recuerdos surgidos en los momentos de recreación, me movieron a proponerle al Rvdmo. P. Abad Benito escribir mis recuerdos de otros monjes, impulsándome él a que lo hiciera “ahora mismo”, para leerlos en el Refectorio como otra motivación más dentro de la celebración jubilar.

Por mi parte, esta inmediatez la veía necesaria desde el punto de vista de mi edad, ya que, a estas alturas, si las cosas no se hacen luego, tales recuerdos se llevan a la tumba... Además, a las generaciones jóvenes que no conocieron a estos fundadores les gustará conocer algo más respecto a la historia viva de la casa.

He elegido a tres personas que tuvieron mucha importancia en el historial del monasterio, como también, especialmente, en la vida del que escribe: son los padres Pablo Gordan, Odón Haggemüller, primer Prior cuando el monasterio fue asumido por la Congregación de Beuron, y Eduardo Lagos, nuestro primer Abad.

Se trata de recuerdos personales, insertos en el contexto de las primeras décadas de la etapa beuronense de nuestra casa, de los cuales fui testigo.

* Abad emérito de la Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes, Santiago de Chile.

P. Pablo Gordan, osb

Entre el grupo fundacional del monasterio por parte de la Congregación de Beuron, estuvo el P. Pablo Gordan, quien, independientemente de las tareas que desempeñaría como miembro de la comunidad, tuvo un papel protagónico en el momento en que Beuron asumió hacerse cargo de esta fundación, abandonada por la Congregación de Solesmes.

El P. Pablo, de origen israelita alemán converso, fue candidato al doctorado en Historia del Arte por la Universidad de Berlín. Dentro de esos estudios, el proceso de investigación sobre las catedrales góticas lo llevó a considerar el genio inspirador que las hizo posibles y, dentro de un proceso maravilloso, lo condujo a su conversión a la fe que había inspirado a sus constructores. Esta dinámica, enriquecida por diversas etapas y estadios, lo llevó finalmente a ingresar como novicio a la Archiabadía de Beuron.

Desatada por el nazismo la persecución de los judíos, en un momento dado, ante el peligro de que fuera apresado y llevado a alguno de los campos de detención, fue protegido por el P. Archiabad, quien lo envió primero a Roma —fue ordenado sacerdote en Montecasino—, y luego, cuando también llegó allí la persecución, viajó disfrazado a Brasil, donde la Congregación estaba asistida integralmente por la de Beuron. En el mismo barco coincidió con el futuro P. Archiabad Dom Lorenzo Zeller.

En Brasil sirvió en las diversas obediencias que le dieron sus superiores, aprendiendo correctamente el portugués y observando la fuerza de la presencia benedictina portuguesa, desde el siglo XVI: los numerosos monasterios benedictinos y cistercienses del país, su aporte a la Iglesia local y el contraste frente a la antiguas posesiones españolas, en las que había sido vedado el establecimiento de las órdenes monásticas masculinas. No fueron menores los contactos establecidos con el mundo cultural, entre otros con el conocido escritor católico George Bernanos, de quien fue gran amigo.

En ese momento histórico, concluida la segunda guerra mundial, el papa Pío XII, con una gran intuición, dio a luz un importante documento por medio del cual instaba a todas las congregaciones religiosas europeas, incluidas las monásticas, a fundar casas en América Latina, como se había venido haciendo hasta entonces en tierras de misión en África y Oriente. Hispanoamérica se vislumbraba como el gran continente del futuro, una fortaleza para la expansión del Evangelio. Este mensaje impresionó mucho al P. Pablo que, como inteligente observador, veía la clarividencia de Pío XII, en su percepción de la importancia que tenía el continente dentro de su unidad de fe.

Además, ello coincidía con el momento en que la fundación del monasterio de Las Condes, como se dijo, abandonado por la Congregación de Solesmes, buscaba alguna congregación europea para que le diera continuidad.

Independientemente de los contactos ya avanzados de los monjes que permanecían en Chile con diversas congregaciones, incluido el P. Abad de Río de Janeiro, Dom Michel, el P. Pablo vio que era una oportunidad para que su propia Congregación, Beuron, asumiera ese desafío. Viajó a Alemania y, ya en la Archiabadía, inició una verdadera ronda de conversaciones con los padres capitulares, mostrándoles la ocasión que se presentaba, de atender los deseos del Santo Padre asumiendo la fundación chilena.

Con motivo de celebrarse el Capítulo General, presentó allí el proyecto, sometido al parecer de los capitulares en medio de la total oposición de Dom Molitor, Abad Presidente de la Congregación de Beuron. La guerra, puntualizó, había dejado exhaustas a las comunidades, habían muerto o desaparecido numerosos monjes, la parte económica se presentaba en extremo precaria y veía como una locura total plantear en esas circunstancias asumir una fundación en América.

Como es sabido, el Capítulo rechazó totalmente la propuesta. Pero esa misma noche el P. Abad Molitor falleció de un fulminante ataque al corazón.

El P. Pablo debió ver un signo de Dios en tan dramático episodio y con su habitual tenacidad, reanudó la ronda de conversaciones con los capitulares. Pasados los funerales de Dom Molitor, se continuó el Capítulo General de la Congregación, al que se presentó nuevamente el proyecto, aprobándose esta vez la fundación en Chile. La increíble noticia fue recibida por la pequeña comunidad subsistente en Las Condes el 24 de diciembre por la tarde, antes de las primeras vísperas de Navidad.

El P. Pablo volvió a Brasil, de donde vendría directamente en el momento oportuno a Santiago, junto con el P. Bruno Seeger, monje de la abadía de Neereshheim, de la Congregación de Beuron, de inolvidable y grato recuerdo, que se había desempeñado como Prior de un pequeño monasterio en el puerto de Santos y que había sido designado por el P. Archiabad como Subprior de Las Condes; también vino de Brasil el P. Desiderio Schmidtz, economista de profesión, que tan bien emplearía sus talentos aquí.

El P. Pablo, con el P. Prior Odón y el P. Silvestre Stenger, Dr. en Teología, debían establecer en Chile contactos con el círculo de amistades generado en torno al monasterio desde la fundación de la casa por Solesmes,

además de la Universidad y los medios culturales de Santiago.

Como veníamos a la misa dominical un pequeño grupo de alumnos de Arquitectura, pronto nos fue posible conversar con el P. Pablo, encantados de su interés por nuestras cosas y de su apertura y acogida, proverbialmente benedictina.

Conversar con el P. Pablo, entendido en el más variado abanico de temas, siempre alegre, un poco irónico, conscientes de que nunca le quitábamos el tiempo sino que, al revés, parecía estar a gusto con nosotros, y que nos enriquecía con su siempre entretenida conversación, fue todo uno.

Comencé a confesarme con él y a través de este sacramento experimenté un cambio radical en mi vida, del que soy absolutamente deudor del P. Pablo: su apertura, alegría y variada conversación, siempre atenta a nuestras necesidades, descansaba en una sólida espiritualidad benedictina, que nos llevaba a una vivencia nueva en nuestra vida de fe, a una madura piedad litúrgica y al amor a la Sagrada Escritura.

Pero los estudiantes de Arquitectura éramos una especie indefinible, hasta en nuestras prácticas religiosas. A un pequeño grupo capitaneado por Mariano Puga –futuro ejemplar sacerdote–, de quien yo era su segundo, nos dio por fortalecer la celebración de la solemnidad de *Corpus Christi* en Santiago, ya que la encontrábamos en franco proceso de decadencia, no obstante su alto significado religioso y su belleza estética. Asiduos a las funciones de la catedral en un momento de gran esplendor –coro del Seminario Pontificio, con misas de Palestrina y Tomás Luis de Vitoria, niños de la Cruz de Madera, dirigidos por el P. Fernando Larrain, más el venerable ejemplo del coro de los canónigos–, encontrábamos extraordinariamente atractivas las funciones de la Catedral en las grandes fiestas del calendario litúrgico.

Le contamos nuestras inquietudes al P. Pablo quien, lejos de disuadirnos, nos estimuló: si la juventud no se movía, la vejez acabaría con la solemnidad que merecía aquella y otras fiestas. Incluso se ofreció, si queríamos, a dar una conferencia en la Universidad sobre la fiesta de *Corpus*, idea que, por cierto, cogimos al vuelo.

Mover a la juventud de la Universidad Católica a asistir a una conferencia sobre una fiesta religiosa fue una tarea de titanes; bregar contra la corriente, la apatía: la recepción en los centros de alumnos era para desistir: “¡Basta de vidas de santos!”; “¡Como si fuera poco los primeros viernes, ahora desentierran *Corpus Chisti...*!”. Alguna curiosidad despertó el hecho de que

un monje benedictino alemán diera una conferencia: “benedictino”, y “alemán” surtieron un efecto inesperado, aunque con muchos peros: “¡Va a ser una monserga! ¡Estamos hartos de beaterío!”, etc.

Al final llegaron muchos alumnos a la conferencia, en el Aula Magna de la Universidad: triunfó la curiosidad por conocer a un monje benedictino y, además, alemán.

Con una soltura y dominio de la situación únicos, el P. Pablo se subió al podio como si tal cosa y en un estilo espontáneo, sin rodeos, comenzó más o menos así: “Es sabido que la cultura de un país, entre otros índices, se conoce actualmente por el consumo que experimenta respecto al uso de jabón; el grado de desarrollo de los países también se mide hoy por el volumen de toneladas de basura...”. Una especie de corriente eléctrica se produjo en el auditorio, se irguieron las espaldas en los asientos y se miraron unos a otros, sorprendidos, atrapados por lo inesperado del conferenciante benedictino alemán.

Cómo pasó el P. Pablo de ahí a la fiesta de *Corpus Christi*, no lo recuerdo, pero sí, que bastó aquella introducción para que en todos se despertara una atención sorprendente, contagiosa. Al final instó a la movilización general: la fiesta religiosa era un desafío para la juventud de una Universidad Católica; había que ponerse a disposición de la Iglesia, asumir papeles y trabajar con las manos.

La fiesta de *Corpus* concitó el interés general: los bomberos introdujeron las escaleras telescópicas adentro de la catedral, para subir a los seis arcos del coro los grandes cortinajes de damasco colorado con flecadura de oro, que no se sacaban desde hacía siglos. La Municipalidad se cuadró con la poda de los árboles de la plaza, a fin de que los ángeles de bronce del palio no se enredaran; se estimuló el amor propio de las cuatro órdenes antiguas para que el suyo fuera el mejor de cada uno de las cuatro altares dispuestos desde siglos en las esquinas de la plaza; su diseño corrió por nuestra cuenta: ¡un desafío arquitectónico-patrimonial! Entre los canónigos contamos con el apoyo de Mons. Pomar, persona encantadora, feliz de revivir antiguos esplendores; se desenterraron las esclavinas de lama de plata de la Archicofradía del Santísimo: hicimos que se reconciliaran, pues estaban todos peleados, y participaran como antes en la fiesta. El arreglo de las flores en los jarrones de alabastro corrió por cuenta de Fina Puga y sus huestes. El P. Pablo, que no vio nada del efecto de su conferencia, siguió desde el monasterio cada una de estas noticias. ¡La fiesta fue un éxito total!

El Monasterio debía trasladarse de sitio. La propiedad de al lado había

sido adquirida por el Estadio Israelita, lo cual significaba fiestas, torneos deportivos, ruido. Había que buscar otro lugar, y rápido. El óptimo edificio de la casa lo compraba la Fuerza Aérea –FACH– para hospital, pagándolo en su precio, al contado, dinero que debía servir para comprar sitio y construir, cosa nada fácil.

Un buen día el P. Pablo nos llamó a Ricardo Labarca y a mí, como estudiantes de Arquitectura, para hacer el reconocimiento de un cerro que se ofrecía de regalo para el monasterio, aunque con ciertas condiciones; debíamos ver si sería posible construir allí un monasterio.

Partimos en micro a Lo Barnechea y nos bajamos en el camino de Asis, hacia el cerro llamado “Los Piques”. P. Pablo se arremangó el santo hábito y comenzamos a trepar; a los cinco minutos de iniciado el escalamiento, deslumbrados por las vistas, le dijimos al P. Pablo: “hay que correr al Notario a inscribir este cerro para el monasterio, pues es único; en todos los alrededores de Santiago no hay nada parecido”. Así se hizo y de esta forma el P. Pablo y nosotros acertamos con este lugar (Ricardo Labarca, tan buen amigo, murió joven en un accidente automovilístico: un nieto suyo suele traer a la comunidad algo exquisito que hace su mamá).

Egresado de Arquitectura, me fui a estudiar a Europa, casi tres años; cuando volví, hice mi proyecto de título e ingresé al monasterio. El P. Pablo había dejado Chile para irse a Roma, llamado como Secretario del P. Abad Primado. Entonces me heredó como director espiritual el P. Odón.

Al P. Pablo lo solicitaban de todas partes por sus conocimientos de idiomas y sus infinitos contactos en diversos países. Es de recordar que, no obstante ser católico converso, en una ocasión fue invitado a Israel a dar unas conferencias sobre la tradición poética hebrea, desde los salmos hasta la producción actual, de la que estaba al día por medio de publicaciones que poseía. Fue recibido con muchas atenciones y afecto. La valoración de sus conocimientos era índice del aprecio a la fe de sus mayores.

Cesado su trabajo en Roma (en un momento fueron “defenestrados” todos los alemanes que colaboraban en San Anselmo), fue requerido por los benedictinos de la Achiabadía de San Peter de Salzburg, que regentan una Universidad Católica Benedictina, de gran prestigio, para hacerse cargo de la organización de los cursos de verano. Cada vez que me tocó ir a Europa (Congresos), me detenía unos días en San Peter, pasados intensamente con P. Pablo, visitando la ciudad, sus iglesias y museos, asistiendo a conciertos en el mismo monasterio, o enfrente, a misas de Haydn en la iglesia de los padres capuchinos. Las conversaciones con el P. Pablo eran variadas, pías o

meramente culturales, y siempre atractivos.

La última vez que pasé por Salzburg, estaba dando un retiro a las monjas elizabethanas de Graz, adonde hube de ir, de modo que entre conferencia y conferencia teníamos colaciones espirituales: ya se le había declarado el mal de Parkinson, que disimulaba muy bien, posando la mano en la mesa, pero que se manifestaba en cualquier otro movimiento.

La última vez lo pasé a ver a la enfermería de Beuron, muy avanzada la enfermedad y él muy mayor, pero con su alegría habitual; no se habló de enfermedades.

En los ulteriores pasos por Beuron fui a rezarle a su tumba, situada en una especie de gruta, en el hermoso cementerio de la Archiabadiá. Mi gratitud hacia él es inapreciable; sólo el Señor la conoce, y lo premiará por cuanto hizo conmigo.

Un testimonio sobre el R. P. Odón Haggemüller, Prior de nuestro Monasterio

Aparte de mis primitivos contactos con los benedictinos de Solesmes, a los que me he referido en conversaciones en diversas oportunidades, la renovación de la comunidad por los padres alemanes de Beuron fue en extremo halagadora para los amigos del monasterio.

Fue un grupo apreciable. Celebraban dignísimamente la misa y el oficio y, sobre todo, eran extraordinariamente acogedores. La constitución de la comunidad estaba muy bien pensada: con personal para cubrir todas las necesidades de un monasterio, que, según lo veíamos, debía funcionar bien desde el primer momento.

Dentro de este proyecto, como lo he mencionado antes, se destinaron tres monjes, que por su buen espíritu y sus conocimientos debían establecer contacto con los amigos, la Universidad y los medios culturales de la ciudad. Eran el P. Prior, Odón, el P. Pablo Gordan y el P. Silvestre Stenger. Mis contactos se establecieron con los dos primeros (a los pocos días de mi ingreso se fue el P. Silvestre a una hermandad, en Francia, de la cual posteriormente salió, incardinándose en la diócesis de Valdivia, donde después tuve la oportunidad de visitarlo en los veranos).

El P. Odón era una persona esbelta, una cabeza con un cráneo perfec-

to, con una cierta manera especial de hablar —el español, correcto—, discretamente sonriente, mirada profunda; daba a su interlocutor todo el tiempo que quisiera, horas, si era necesario: no demostraba prisa.

En la guerra no pudo ser movilizado por su afección cardíaca, por lo cual fue enviado a Viena a estudiar lenguas orientales, para lo que tenía especial facilidad. Leía la Biblia en griego o hebreo y para él aquellas lenguas no tenían secretos. En una ocasión, siendo novicio, con el P. Lagos —económico—, me tocó ir a una casona de un campo que regalaban al monasterio, para ver, como arquitecto, si servía. Nos dejaron en un gran hall a los tres y de repente el P. Odón empezó a decir con voz grave: “Bendito sea el nombre de Allah, y el de Mahoma, su profeta, bendíganos desde los cielos Allah..., etc. Nosotros nos mirábamos y no comprendíamos nada. Era que el P. Odón estaba leyendo la decoración de la gran alfombra “persa” del salón, decorada con caracteres cúficos.

Era de una precisión no sólo germánica, sino agravada por sus conocimientos lingüísticos; se ha contado varias veces el episodio acontecido en una mercería, en la que debía comprar un alambre o una cañería de cobre, o algo así. Recomendando su mercadería, el dueño le aseguró que era lo mejor que existía, que en realidad, el artefacto era “eterno”. El P. Odón quedó perplejo y lo miró en profundidad: «¿Usted ha dicho “eterno”...?». El vendedor se sintió descolocado, cambió de tono y dijo con humildad: “Bueno, es..., digamos..., prácticamente eterno...”.

En relación a las características de los chilenos, descubrió que el lema nacional era la frase “Hay que aprovechar”.

No sé en qué momento, ni cuándo exactamente, comenzó a hacernos los sábados en la tarde unas inolvidables reuniones bíblicas que no eran otra cosa que *Lectio* dirigida por él, con intervenciones que, más que aportes, eran preguntas. El grupo estaba formado por antiguos oblatos de María Laach o candidatos a serlo, o heredados de la época solesmense.

Junto con los que eran habituales a la misa del domingo y después conversaban con el P. Odón, recuerdo entre otros al matrimonio Múchel, judíos conversos, mayores, de gran cultura bíblica; Raquel Matte de Ariztía; su hija Raquel, con su marido Juan de Dios Vial; Carmen Errázuriz con su hijo —de 13 o 14 años—; Jaime Guzmán; Gabriela Matte; Adriana Philippi; Juan de Dios Vial Larrain; Alberto Wagner de Reina, peruano; Jaime Eyzaguirre; el Dr. Juan Zañartu; Hugo Montes; Máximo Pacheco: entre ellos, futuros rectores de universidades, diplomáticos, filósofos y senadores. Además había jóvenes que, ante estas potencias, se cuidaban de hablar: Antonio Avaría, Ar-

mando Uribe, Jorge Swinburn y otros, incluido “el que habla”.

Recuerdo: cuando una vez llegamos a un texto sobre el buen pastor, él interrumpió la exégesis para contarnos, con gran viveza, que cuando niño, él había sido pastor de vacas en Alemania y que su experiencia era inolvidable y le permitía entender el mundo pastoril de la Biblia, vivido con total normalidad. Otra vez, cuando llegamos en el texto a la visión de Dios por el profeta, en que éste vio sólo la orla de su manto (*Is* 6,1,13), ¡se habló de esa orla durante tres sábados!

Pronto tuve una gran admiración por su sabiduría y por su cercanía y sin mayores trámites lo elegí como director espiritual. (Antes lo había sido el P. Pablo Gordan, a la sazón instalado en Roma). Me atendía siempre que venía, sin aviso (¡la fatal centralita telefónica del barrio!) y el tiempo que quisiera.

A principios de 1958, cuando preparaba mi proyecto de título, fui un día a hablar con el médico de Minita, mi hermana, que se estaba sometiendo a muchos exámenes. Al preguntarle, el doctor, del mejor modo que puede hacerse en semejantes casos, me dijo: a su hermana le quedan tres meses de vida. Tiene una leucemia avanzada y la medicación que se le trae de Estados Unidos no podrá defenderla más tiempo. (Externamente mi hermana se veía como siempre, muy bien).

Casi me morí, y lo único que atiné a hacer fue partir al monasterio, al que llegué –después de todos los cambios de micros– a la peor hora. El P. Odón me recibió de inmediato y me escuchó, con su aparente impasibilidad. Todo lo que me dijo fue lo más oportuno, consolador y verdadero: comprometió su oración y me indicó que lo mantuviera al tanto de todo lo que ocurriera; que viniera a la hora que quisiera, que no molestaba en nada, nunca, y que para eso estaba el monasterio. No puedo describir el efecto que tuvo en mí esta actitud, y sus palabras, que me afirmaron de forma hasta el momento desconocida: asumí inesperadamente una fortaleza que nunca había sentido en mi vida. Y así fue, hasta que a los tres meses murió mi querida hermana; todo este período transcurrió en una paz que se transmitió a mis padres y hermanos.

En ese tiempo, súbitamente, sentí mi vocación clara y totalmente evidente al monasterio. Vine a ver al P. Odón de inmediato, temprano una mañana (como mencioné, era mi director desde hacía ocho años). Me escuchó con su impasibilidad habitual, “como si oyera llover”. Cuando terminé mi exposición, sin el menor gesto de aliento, me dijo: “Ud. está trabajando su proyecto de título; siga en eso, rece, y cuando se reciba, viene a verme y ahí conversamos de su inquietud”. La respuesta era fría, pero propia de él y ya

conocía ese estilo; me bastó con que me hubiera oído y con que no me dijera de inmediato que no servía para aquí. Venía los domingos a misa, conversábamos con los demás, sin la más leve pregunta sobre mi estado espiritual. Me recibí, me fue muy bien en el examen, se armó una fiesta en la Facultad, que terminó pasadas las 12 de la noche. A la mañana siguiente me levanté a las seis y partí al monasterio.

Sentado, impaciente frente al P. Odón —me felicitó por el examen, y quedó luego como una “*Sphinx*”, dispuesto a escucharme—, mi discurso fue más o menos el siguiente: “Padre, recordará que hace seis meses le planteé lo de mi vocación... y que Ud. me dijo que después de que me recibiera viniera a tratar el tema con Ud.

Me escuchó impasible, y después de un breve silencio me dijo, sin el menor atisbo de sentimiento: “marque su ropa con el número 15”. Se fijó la entrada en 15 días más. Este estilo se explica porque me conocía desde hacía tantos años y, en realidad, estaban demás prolijos discursos sobre vocaciones. Así fue de original el “sí” benedictino.

Entré en la fecha indicada, en cierta manera “seguro” por tener de director espiritual al mismo Prior. Sin embargo, al día siguiente me llamó a su celda y, con la impasibilidad de costumbre, me dijo que se iba a Alemania la semana siguiente y que seguramente no volvería, pues iba a ser nombrado otro superior venido de Europa. Hasta ahí llegaron mis “seguridades”. El P. Odón se fue, pero mientras llegaba a asumir el cargo el P. Adalberto Metzinger, a la sazón profesor en San Anselmo, en Roma, él volvió y lo seguiría ejerciendo algún tiempo, permaneciendo luego en la comunidad.

En una de esas primeras entrevistas me dijo que abriera un cuaderno para que escribiera mis pensamientos, fruto de la *Lectio* diaria; pero me recalcó: “poniendo cada día la fecha. Así, cuarenta años después, cuando los relea, va a darse cuenta de que hubo una época en que fue santo”.

Pasados un par de años, se fue “definitivamente”; pero pasados otros años, fue llamado para asumir de Prior en el monasterio de Llíu Llíu; yo estaba de Abad y se sucedieron encuentros siempre gratos. Cuando hubo que operarlo del corazón, en Santiago, de inmediato le ofrecí instalarse en Las Condes, donde permaneció todo el tiempo necesario, bien atendido. Más tarde volvió definitivamente a Beuron, ya mayor, pero siempre activo.

Los encuentros en Beuron, adonde iba a verlo con ocasión de las idas al Congreso de Abades, fueron unos episodios inolvidables: en sus conversa-

ciones se mostraba alegre y abierto, sus reflexiones sobre el monasterio y la fundación beuronense eran muy vivos, positivos y llenos de esperanza. Allí le pregunté un día por qué me había puesto “Gabriel”; me contestó: “ese nombre se lo tenía puesto desde hacía ocho años”. (Estos episodios los revelé en mi jubileo de oro).

Cuando volví a Beuron, ya muerto el P. Odón, fue una alegría rezar en su tumba y agradecerse al Señor. Para mí fue un don de Dios.

El P. Eduardo Lagos, Primer Abad de Las Condes

Nuestro recordado P. Lagos nació en 1912, en el pueblo de Ciruelos, en la entonces provincia de Colchagua, muy cerca del balneario de Pichilemu y de las antiguas Salinas de Cáhuil, la quintaesencia de la Zona Central de Chile. De cuatricentenaria tradición cristiana, en ese mismo lugar nació el Cardenal José María Caro; el mismo P. Lagos tuvo dos hermanos sacerdotes.

Junto con las virtudes citadas, sus habitantes han estado proverbialmente dotados de diversas habilidades: tradiciones huasas, suertes deportivas –hípicas–, trilla “a yeguas”, cantos a lo divino y una astucia campesina llamada precisamente “colchagüina”. Se menciona este aspecto pues, a mi modo de ver, la empleó nuestro P. Eduardo con maestría.

Su historia conocida comienza con su ingreso, muy joven, al Seminario Pontificio de Santiago, en un momento que podemos llamar “estelar” de aquel establecimiento, bajo el mandato del rector Mons. Juan Subercaseaux, más tarde sucesivamente obispo de Linares y Arzobispo de La Serena, hermano de nuestro P. Pedro, fundador del monasterio de Las Condes. El P. Mauro ha escrito detalladamente la historia de nuestra fundación, el papel que desempeñó en ella el P. Pedro y su hermano Juan, todo lo cual omitimos aquí por suficientemente conocido.

Secundando los propósitos de su hermano, el rector del Seminario observaba atentamente a los jóvenes que estudiaban allí, con el objeto de estimular alguna vocación que pudiera ser orientada a la vida monástica, y así contribuir al aspecto principal del proyecto, que era reclutar miembros para la futura comunidad. No hay noticia sobre si se descubrieron otros candidatos, pero sí fue segura la percepción de que el joven Lagos reunía aquellas condiciones –le atraía la vida contemplativa, la liturgia y el canto gregoriano–; el P. rector se preocupó con el mayor interés en fomentarla y dar los pasos necesarios para su concreción.

Ello pasaba por lo más importante: su envío al monasterio de Quarr, en la isla de Whigt, en Inglaterra, donde la comunidad de Solesmes, expulsada de Francia, junto con las demás congregaciones religiosas, por los gobiernos anticlericales, se había instalado desde 1902, y donde, por consiguiente, estaba nuestro P. Pedro.

El joven seminarista debía ir, así, a un monasterio de habla francesa, en un país de habla inglesa, en un barco ¿alemán?, no conociendo otra lengua más que la nativa y el latín, que de nada había de servirle en tan largo periplo: primera oportunidad para desplegar su fértil inventiva. El resto lo hizo el Señor.

En efecto, desembarcado en Inglaterra y trasladado en tren a Londres, debía dirigirse desde la *Victoria Station* a la estación correspondiente para tomar el tren a Porstmouth, desde ese puerto atravesar en barco el Solent y arribar al puerto de Cowes, en la isla de Whigt, y desde allí, en locomoción colectiva, a Quarr. Una odisea, comenzando por el laberinto de Londres, entonces la ciudad más grande de Europa.

Al arribar en tren a Londres, con la desorientación que es de imaginar, se presentó providencialmente un joven comedido que, vislumbrando su situación y enterado de sus propósitos, le manifestó que conocía el monasterio de Quarr y que lo iba acompañar. Así, lo llevó a la estación del tren a Porstmouth, desde donde atravesaron el Solent y arribaron a la isla de Whigt, hasta llegar a la portería de Quarr.

¿Quién fue ese joven? ¿No tenía nada que hacer? ¿Cómo se entendieron? Al despedirse, contaba el P. Lagos que le pidió que le tradujera –en su naciente inglés– la frase *Deus in Adjutorium meum intende* (“¡Dios mío, ven en mi ayuda!”), y después de eso lo dejó, como en todos los pasos citados, con demostraciones de la mayor amabilidad y desinterés. El Ángel del Señor.

En el acogedor monasterio solesmense, rodeado de parques, junto al Canal de La Mancha, hubo de transcurrir el noviciado y la formación del P. Lagos, siguiendo el estupendo comentario de la santa *Regla* de Dom Delatte, bajo la solícita mirada del P. Prior, Dom Emille Bouvet –y después de su fallecimiento, de Dom Gabriel Tissot–, aprendiendo, de paso, francés e inglés. Su agradecimiento a estos padres lo acompañaría hasta sus últimos días.

En contacto diario con el P. Pedro, siguió desde Quarr todas las incidencias que acompañaron el proceso de la fundación del monasterio; la erección de Quarr en Abadía, la elección de Dom Tissot como su primer Abad y la inmediata determinación de fundar en Chile. Luego, su venida (navegó peligrosamente, ya estallada la Segunda Guerra Mundial), a integrar la preca-

ria comunidad fundacional: seis monjes, incluidos los dos chilenos, en su primer domicilio –las casas de la chacra Lo Fontecilla, cuyo dueño, Carlos Peña Otaegui, los rodeaba de discretas atenciones–, casas cedidas a la comunidad mientras se levantaba el nuevo edificio. Y finalmente, su traslado allí.

Pronto se puso en evidencia la inestabilidad de los candidatos, que se iban después de un par de días. El llamado a la movilización de los monjes franceses, la crisis que esto produjo en la comunidad; en fin, su abandono por parte de la Congregación de Solesmes. Quedaron con él sólo el P. Pedro Subercaseaux; el Hno. Rafael van Hecke, belga, procedente de la Abadía de Wisques, que falleció en esos días, y el Hno. Luis Marambio. El P. Prior, Dom Berard, aquejado de una enfermedad al corazón, hubo de quedarse por varios años en el pueblo costero de Llolleo, para su restablecimiento.

Lo que siguió es muy conocido, hasta que la Congregación de Beuron se hizo cargo de la fundación.

En medio de la alegría por ese rescate de la muerte, el cambio de *consuetudines* no dejó de almar al P. Lagos. No había congregación benedictina más parecida a Solesmes que Beuron, pero era evidente que las costumbres alemanas no iban a ser iguales a las francesas. Habría que observar las novedades con cautela.

Uno de los temas que le produjo aprehensión fue la homilía del domingo. En Solesmes sólo predicaba el P. Abad. Ahora, por turnos, lo hacían todos los padres, con la modalidad de que esto se hacía al final de la misa, dando a los fieles la posibilidad de huir en caso necesario, si el predicador era muy malo. El P. Lagos había perdido completamente la voz desde niño, por haberla forzado, y así no sólo no pudo nunca cantar, sino tampoco presidir y menos predicar en la iglesia.

Por otra parte, era frecuente que, en ciertas ocasiones, ante alguna duda litúrgica, saliera –con una sonrisa– la frase “padre, en Solesmes eso se hacía así...”. Hasta el fin sería, en Las Condes, el testigo fiel de Solesmes.

Como era Maestro de Novicios, desde el primer día de mi ingreso quedé bajo su protección; a la vez era Ecónomo. Para mí fue una fortaleza, sobre todo desde el momento en que el P. Prior Odón, mi antiguo director espiritual, se fue a Alemania a la semana siguiente de mi ingreso. Todos los días, a las 3 p. m. era la conferencia de *Regla*, sobre el comentario de Dom Delatte, maravilloso.

Diariamente debía salir a las compras, el correo, los abogados, ¡el Banco!, y como nada funcionaba antes de las 10, no alcanzaba a llegar a Sexta ni a Nona, ni a almorzar, pero jamás falló a las 3 p. m., a la clase de *Regla*. Almorzaba a las 4, siempre alegre, sin que lo mencionara; con su ejemplo quedó claro que jamás los monjes almorzaban fuera del monasterio.

Otro testimonio inolvidable era su fidelidad al oficio. Recuperaba Sexta y Nona, rezándolas en privado; en todas las demás horas, desde Vigilias, estaba siempre en el coro. Hno. Vicente, su enfermero durante su penosa enfermedad, jamás logró persuadirlo de que no fuera a Vigilias (una vez se cayó en el coro, felizmente sin consecuencias, pero de ninguna manera aceptaba excluirse de la diaria oración coral).

En su celda siempre estaba la Biblia abierta, en francés, sobre libros píos y toda clase de cuentas, recibos y citas, atendiendo a los jóvenes novicios horas de horas (los había muy complicados), con una paciencia inalterable.

A pesar de las turbulencias que se percibían en algunos de aquellos jóvenes (además el P. Silvestre se fue a una fraternidad, en Francia, de donde más tarde salió), las clases de *Regla*, sin mención a nada “contingente”, me daban gran estabilidad y paz. Además estaban salpicadas por sabias recomendaciones llenas de esa pizca de “pillería” muy suya. Por ejemplo: “cuando quiera decir algo, mejor ¡quédese callado!”. “Mire, en los capítulos de Novicios, lo mejor es quedarse callado; hay suficientes capitulares que hablan y hablan...”.

Como ecónomo estaba en todo, pero sobre todo en las platas, puesto que no existían; la necesidad de economizar, más bien, de no gastar nada (vivíamos de ayudas de fuera –Collegeville, de Estados Unidos fue de increíble generosidad; también Beuron, P. Pablo Gordan y, más de una vez, San Benito de Buenos Aires) era un calvario del que jamás se quejaba.

Cuando, después de diez años de Prior, el P. Adalberto volvió a Alemania, el P. Lagos fue elegido en su lugar. Habían crecido los lazos de unión entre los monasterios de Argentina y Chile, a raíz de los estudios comunes en nuestro Teologado (iniciativa del P. Adalberto), hasta que surgió primero la Pre, luego la Procongregación, hasta la erección de la Congregación de la Santa Cruz, de cuya historia también ha dado exacta cuenta el P. Mauro.

El P. Lagos fue elegido su primer Presidente y sus actuaciones fueron oportunas y eficaces. Por ejemplo: habiéndose suscitado por largo tiempo dificultades en el querido monasterio de San Benito de Buenos Aires, después de la Visita Canónica y de sopesar lo más conveniente, en medio de la sorpresa

general, impuso de superior al P. Martín de Elizalde, entonces un “jovencito” (lo había conocido bien en su período de estudios en Las Condes y vislumbraba su capacidad); acertó: como es sabido fue después su Abad, y más tarde, obispo muy querido de la diócesis de Nueve de Julio.

Volcó su preocupación en las necesidades de las demás casas. *Mater Ecclesiae*, de Uruguay, necesitaba construir su iglesia: el P. Lagos, que no tenía dinero para Las Condes, consiguió todo el necesario para aquella finalidad (lo ayudaba el P. Pablo Gordan con sus buenos contactos en Europa).

Su otra gran búsqueda fue la de monjas para la fundación en Chile de un monasterio de benedictinas. Entre las abadías solicitadas recuerdo los nombres de la de Nonnberg, en Salzburgo, al que le sobraban monjas, y Fahr, en Suiza, al que le faltaban, pero que colaboraron con una donación en poderosos francos suizos. Los intercambios epistolares con el P. Pablo, con motivo de la búsqueda de monjas, fueron frecuentes y de un buen humor sorprendente.

Cada cierto tiempo hacíamos una excursión a la Dehesa, El Arrayán, y otros sitios, en busca de alguna propiedad apropiada para el futuro monasterio, enterrando medallas de San Benito cuando el sitio parecía bueno.

Un cierto día llegó de huésped (yo era Hospedero) un sacerdote de la diócesis de Rancagua, quien me preguntó si no conocía alguna congregación que pudiera hacerse cargo de una gran casa de campo que habían dejado sus dueños, los padres asuncionistas. Pregunté dónde estaba y cómo se llamaba; me contestó: “Mendoza, cerca de Rengo”.

Casi me dio un ataque, eran las “casas” de una de las más importantes haciendas coloniales, de una familia apellidada precisamente Mendoza, que habíamos conocido estudiando arquitectura, algo único. Fui corriendo a darle cuenta al P. Lagos, pero declarándole: “¡acéptelas de inmediato, no podrá encontrar nada mejor en todo Chile para instalar a sus monjas!”. Las visitamos, estaban a maltraer, pero podían rescatarse. El obispo de Rancagua era Mons. Alejandro Durán, amigo del P. Lagos desde el Seminario y, abreviando, hoy, enteramente restaurado, es el hermoso monasterio de benedictinas de la Asunción de Santa María.

Pero seguían faltando las monjas propiamente tales. Por fin, en el Congreso de Abades, conoció en Roma a M. Amparo Moro, Abadesa del Monasterio de San Pelayo de Oviedo, casa de más de mil años, pero que nunca había hecho una fundación, aunque sí ayudado a otros monasterios en sus necesidades. Era reconocido por su observancia y sobre todo por su Abadesa

¿Cómo la convenció? Posteriormente se ha sabido toda la historia, que se concretó con la instalación de la comunidad, cuando el P. Lagos ya no era Abad; sin duda fue uno de sus más importantes logros.

Retrocediendo, se debe recordar la erección de nuestro monasterio en Abadía y la elección del P. Eduardo como primer Abad. Con su débil voz, su carácter huidizo, su bendición abacial por el Cardenal Pironio no pudo ser más triunfal: con todos los abades, abadesas, priores y prioras del Cono Sur, benedictinos y cistercienses, más el Abad (Emérito) de María Laach, autoridades, obispos, sacerdotes y amistades; el P. Eduardo hubo de resignarse a ser el centro de aquel histórico acontecimiento.

Es de recordar que, cuando los días viernes, en las conferencias espirituales, se dirigía a la comunidad, hablaba animadamente, dándonos siempre muy buena doctrina, fruto de su profunda formación desde los tiempos de Quarr: desaparecía la debilidad vocal y hablaba con énfasis en el ambiente recogido del Capítulo.

Desde que fue Prior y luego Abad, yo fui sucesivamente Subprior y Prior, muy cercano a sus decisiones, a las dificultades y logros de su servicio. Como no podía cantar, me hacía presidir las solemnidades.

Antes de mi ingreso sucedió un episodio digno de memoria. La Sociedad Hacienda Apoquindo ofreció al P. Prior Odón la cesión del cerro Los Piques al monasterio, pero con la condición de la previa adquisición de unas hectáreas de terreno en el llano, que la comunidad debía comprar a un precio discreto. Pero como había que construir el monasterio y el dinero de la venta del antiguo edificio a la FACH no alcanzaba para ambas cosas, se suscitó un *impasse* de difícil solución, el cual, después de muchos “dares y tomares” desembocó en la designación de un árbitro aprobado por las dos partes. El P. Lagos, como Ecónomo, actuó en representación de la comunidad.

La hacienda Apoquindo era propiedad de D. Antonio Valech (padre del obispo de ese apellido) y de D. Arturo Matte, ambos bien ricos; según entiendo, el árbitro elegido fue D. Luis Felipe Letelier, personalidad de probidad indiscutida y apreciado por ambas partes; su única exigencia fue el previo compromiso de que se respetara su fallo como “inapelable”, a lo que se comprometieron solemnemente las partes.

El P. Lagos sabía que no tenía posibilidad alguna de ganar, pero se encomendó en la oración.

Se produjo una especie de ordalía: hablaron primero los dueños de la hacienda, rebajando el precio de los terrenos al máximo posible. Escuchado aquello por el árbitro, este declaró que el precio que se pedía era un justo precio. El P. Lagos se sintió morir.

A continuación el árbitro se refirió en seguida a la “forma de pago”: El monasterio pondría como pie la cantidad de dinero que había sido siempre su oferta (pausa); “el dinero faltante lo saldrá el monasterio benedictino con sufragios por los dueños del predio”. El P. Lagos se tomó la cabeza con las dos manos, y no lo podía creer, tampoco sabía si estallar de risa, o llorar.

Los dueños de la Hacienda Apoquindo, completamente descolocados, quisieron creer que era una broma; incrédulamente sonrientes, balbucieron algo, pero al fin, percibiendo que la cosa iba en serio, emplazaron al árbitro llamándolo a la seriedad. Ante su confusión, su indignación, el árbitro recordó que había un acuerdo previo sobre la inapelabilidad del fallo, espetándoles a continuación más o menos lo siguiente: “Muy estimados amigos, ustedes son muy ricos y a partir de su fallecimiento necesitarán con la mayor urgencia que se rece por su salvación. Los monasterios duran siglos, milenios, ustedes han hecho el mejor negocio de sus vidas”.

Se acabaron todos los argumentos, las víctimas casi dieron las gracias. Máximo Pacheco, cuya mujer era sobrina de D. Arturo Matte, me confirmó esta versión en todos sus detalles. Todos los primeros domingos de cada mes, la misa es por los benefactores, Dios mediante, por los siglos de los siglos.

Pero el episodio no terminó allí: el P. Desiderio Schmidtz, economista de profesión, miembro de la comunidad —que había arreglado las finanzas de la Congregación Brasileira, integrándose a Las Condes junto con los padres Pablo y Bruno—, con su buen ojo como técnico en la materia, demostró que había que aprovechar el precio rebajado que había cobrado la Sociedad Apoquindo por el terreno en el llano, para conseguir la manera de comprar en el mismo precio más hectáreas, pues era una reserva para la comunidad, puesto que en pocos años el lugar se valorizaría al doble o al triple. Llama la atención esta movida después de haber defendido la inopia económica de Las Condes.

¿Cómo se consiguió ese dinero? Sólo lo supo el Capítulo, pero se logró adquirir una porción que, ya siendo Abad el P. Lagos, logró vender en el momento oportuno, creando un fondo para las necesidades de salud, viajes y mantención de la comunidad y la casa (hasta entonces se había tenido que depender de ayudas externas). Fue un acierto suyo y de la profesionalidad del P. Desiderio.

Entonces decidí concretar otro proyecto largamente elaborado, que se refería a mi envío a Roma, para estudiar en San Anselmo, y para cuyo financiamiento había obtenido además de una beca, una ayuda de la AIM, y tal vez otros aportes. Partí al año académico 1982-83 y comenzaron las clases.

A pesar de su buena salud, de repente el P. Lagos sufrió unas primeras alteraciones a las que los médicos no le dieron mayor importancia. Yo había partido con el padre sano y en la plenitud de sus potencias, pero de repente empecé a recibir malas noticias: el padre se había agravado súbitamente.

Para mí fue un calvario: todos los días por la tarde iba a San Silvestre, la central telefónica internacional de Roma, a comunicarme con el P. Ángel (Subprior), para conocer el estado de salud de P. Lagos: mi inquietud era muy grande, no tenía tranquilidad para mis clases y quería volverme de inmediato; esto se repetía diariamente, pero el P. Ángel me decía que no era necesario y que el P. Lagos se oponía.

Por fin vino a Las Condes el P. Eduardo Ghiotto, Abad Presidente de la Congregación, que aceptó la renuncia del P. Lagos a su cargo, por enfermedad, mandándome a llamar para participar en la elección abacial. Me vine, se eligió al P. Pedro Pérez, quien, como primera medida, determinó que volviera de inmediato a Roma a continuar mis clases. No he visto estudios más accidentados que esos, aunque la segunda parte transcurrió en la mayor normalidad.

Cuando volví encontré al P. Lagos vivo; lo estuvo por muchos años más, pero en un estado de limitación física inimaginable para su carácter y actividad.

En esta etapa dio más pruebas de virtud: perseverancia hasta lo increíble en la participación del oficio divino; constancia hasta lo absurdo en su intento de recuperar la posibilidad de leer y escribir, caminar, subir y bajar escaleras, cuyas gradas no veía, pero que contaba, para participar lo más posible en la normalidad del convento. Su alteración cerebral lo privó de todos los conocimientos en que era tan expeditivo, incluidos los idiomas.

Al fin se complicaron más y más las cosas: reducido a una humillante impotencia, alguien que había sido intelectualmente una luz. El Hno. Vicente debió luchar con aquella especie de gran motor paralizado, con la caridad de su trabajo de enfermero. Falleció en mayo de 1999, dejando hasta el último momento testimonio de su voluntariosa, irreductible, constancia.

Siervo fiel y prudente, que el Señor lo tenga en su santa gloria.

Monasterio de la Santísima Trinidad, Diciembre de 2013

Abadía de la Sma. Trinidad
Casilla 27021 – Santiago 27
CHILE